

I DONDE LOS SUEÑOS COMIENZAN

New Jersey, 3 de septiembre. El calor consumía la ciudad en un septiembre que parecía agosto. Un adolescente con melena de caracoles azabache esperaba nervioso en una fila desaliñada a que abrieran la puerta del avión. Cargaba una mochila en la que bailaban un libro en inglés y un cuaderno con notas de español a inglés y de inglés a español. Los cuerpos se agolpaban. Un bebé berreaba tres personas más adelante, lo abrazaba una chica joven que debía de ser su madre. Detrás un anciano que apenas se sostenía en pie y un joven agarrándole por los antebrazos. Los miraba angustiado. “No tengo tiempo. Van a tardar demasiado”, se decía. “Tengo que llegar”, se contra argumentaba al momento. Se abrió la puerta, la fila no se movía, un hombre ayudaba a la chica joven a coger una bolsa del track, el anciano avanzaba a paso lento, el joven le sostenía, una señora permanecía quieta mirando el interior de su bolso. Dos minutos, tres, cinco, siete... Al fin, salió y comenzó a correr por el finger, disparado hacia la cinta por la que iban a salir las maletas de su vuelo. Una pantalla indicaba el número ocho. Ese número mágico que lo habría de guiar todo. Sonó un ruido de tracción, las hojas biseladas de aluminio se movieron y arrancó la cinta mecánica número ocho.

El reloj marcaba las tres y doce minutos de la tarde. A las tres y treinta y cinco partía su vuelo a Ohio. Tenía que tirar la maleta en otra cinta y dirigirse a su puerta de embarque. Las manecillas del reloj no daban tregua. Una ansiedad espantosa le ahogaba. No había tiempo. Debía correr; correr mucho. Si avanzaba a zancadas, quizá llegaría a tiempo de entrar en el avión, pero si facturaba la maleta de nuevo sería imposible. Cayeron dos maletas negras, un bulto enrollado, una bolsa verde, otra morada, un trolley azul. Giraban una y otra vez. De pronto, otra; y otra; y

otra... Y, al fin, allí estaba su macuto rojo —un equipaje de treinta y cinco kilos, cargado con ropa interior, pantalones, camisetas, jerseys, libros y hasta alguna lata de comida para pasar el año que venía por delante—. Era su primera vez fuera de casa. Un viaje de veinticinco horas de Finisterre a Ohio para cambiar de continente y, como dijo el pequeño Anxo, descubrir el mundo. La sed de vivir inundaba al jovencito de quince años criado en el fin del mundo.

Agarró la maleta, tiró de ella y, casi jadeando, avanzó por el pasillo del aeropuerto en dirección a la puerta de embarque de su vuelo, abriendo las piernas como un compás. No podía perder ese avión. No había ningún otro ese día ni dinero en sus bolsillos para comprar un nuevo billete para el siguiente. De pronto, la maleta se desplomó de sus brazos, cayó, se abrió y toda la ropa y enseres quedaron desparramados por el alfombrado gris de la terminal. La moqueta estaba sucia. Anxo se lanzó al suelo, las lágrimas inundaron sus ojos y una angustia indescriptible explotó en su interior. Miro al frente y un fognazo caritativo le alumbró la tristeza: la puerta estaba delante de él, a apenas cincuenta metros. Eran las tres y treinta y dos minutos. Y treinta y tres. Y treinta y cuatro. Un minuto. Solo faltaba un minuto. “¡Dios! Tengo que llegar”, se dijo. Estiró sus brazos por el suelo, recogió todo como pudo, se levantó y emprendió de nuevo el paso lanzando sus piernas como jabalinas. Al fin, llegó. Puerta ocho. Todo ocho.

—Déjeme entrar, por favor —le suplicó a la azafata que se encontraba en el mostrador.

—Todavía, no. Lo lamento, el vuelo está retrasado una hora. Y debe facturar esa maleta. No puede entrar en el avión con ella encima —dijo mirándolo con desprecio.

Anxo no sintió el menosprecio de la azafata, sino una nube de oxígeno que reventaba frente a él; un arrullo de alegría. Respiró, sonrió. No lo había perdido. Su avión no se había ido. Una nueva travesía le llevó a depositar la

maleta en su sitio, regresar a la puerta de embarque y tomar ese vuelo que significó el principio de su nueva vida.

Jamás podría haber imaginado a cuánto le acercaría aquel viaje; qué increíbles sorpresas le depararían los Estados Unidos ni la cantidad de pozos de petróleo que explotaría. Esa idea alocada de abandonar su pueblo natal, su familia, sus amigos y llegar a lo desconocido iba a ser el principio de algo grande, y, ese incidente en el aeropuerto, el ejemplo de que habría obstáculos, soledades, tristezas, miedos y retos que habría que superar. Se trataba de atreverse y luchar. Todo en adelante, en realidad, todo desde que nació significó saltar; un salto sin red con mucho riesgo, pero con casi más beneficios.

Con un año el pediatra le diagnosticó una patología extraña que hacía que careciera de vértigo. Anxo era un bebé que saltaba sin temor desde la silla, la cama, el sofá o cualquier altura, por pequeña o grande que ésta fuera. Esta ausencia de miedo a las cimas sin aparente importancia le costó varios cortes, tres esguinces y dos fracturas —una de ellas en el brazo justo tres días antes de iniciar por primera vez el parvulario—, pero también le supuso hacer volteretas en casa, lanzarse al arte de las chilenas en el campo de fútbol, y sobre todo acuñar en su cerebro un motor que ya es suyo: “ATRÉVETE”. Y así ha transcurrido su vida. Repleta de momentos atrévete; de picos y simas camino al éxito.

Uno de esos momentos atrévete llegó con cinco años, una tarde de verano, justo después de que sus padres cerraran la puerta de los pequeños almacenes que poseían en el pueblo, él osó a desobedecer a su madre y entrar sin su permiso en ellos. Su objetivo: un minúsculo teclado de pilas, rojo y blanco, con apenas dos acordes, que no permitía pulsar más de dos teclas al mismo tiempo. Esa misma mañana había visto como lo descargaban antes de la hora de la comida junto con varios juegos más,

pero un algo dentro le arrastró a él —en gran parte, la pasión que su padre le había transmitido desde bebé cantando y tocando la guitarra y el piano—. Las pasiones se sienten, pero también se aprenden. Como fuere, el pequeño Anxo bajó las escaleras que conectaban la casa con Galerías Pérez, abrió la puerta y desembaló el cartón que protegía su tesoro. Miró aquella miniatura de plástico y tocó sus primeras notas musicales. Do-re-mi-mi Do-re-mi-mi Do-re-mi-re-fa-mi-sol Do-re-mi-mi Do-re-mi-mi Do-re-mi-mi-fa-mi-sol. “¿Dónde vas Alfonso XII? ¿Dónde vas triste de ti?” Cantaba poniendo música a la canción que repetían sus hermanas en casa de manera incesante después de haber visto la película de la vida del monarca. Desde entonces, cada tarde, dedicaba sus horas a pulsar teclas a hurtadillas. Después llegaron canciones populares y éxitos que sonaban en la radio. Melodías armónicas que entraban por sus oídos y salían por sus dedos como si de altavoces se tratara. Cuando dos semanas más tarde, su madre se dio cuenta de la ilusión que aquel instrumento había provocado en Anxo, lo montó sobre sus patas, le colocó una silla delante y lo llamó para que disfrutara.

-¿Has visto lo que tienes ahí, hijo?

-¿Es para mí, mami?

-Claro, mi amor. Es un regalo de papá y mío.

El regalo le infundió de pronto el delirio de la felicidad. A Anxo Pérez le quedó la certeza de que aquella pequeña hazaña de salvar obstáculos, le había tendido un puente de recompensas. Desde aquel día, con apenas cinco inviernos, su vida transcurrió pegada al teclado sin más lección que la de su oído, hasta que con nueve años, sus padres, impulsados por los clientes que le escuchaban tocar mientras observaban los souvenirs o se probaban chubasqueros para la inclemente lluvia de Finisterre, le apuntaron a unas clases con un profesor. Este hombre hizo dos cosas tan opuestas en sí mismas que recluyeron una pasión. Animaron a sus padres a que le compraran un piano de pared propiciando que pudiera desarrollar su talento; pero al mismo tiempo vapuleó ese talento. Fue el segundo día. Cinco alumnos esperaban alrededor de un

piano de cola a que el profesor entrara en la salida de estar que había habilitado como aula, se miraban de unos a otros aburridos. Toda la habitación la ocupaba el piano. En las paredes, títulos sin relevancia y alguna foto antigua.

-¿Creéis que vamos a aprender? Ayer esto fue un tostón -dijo el mayor de ellos. Un moreno de dieciséis años con flequillo a la altura de las cejas. Otro algo menor se encogió de hombros.

-Yo quiero tocar *Bailar pegados* —*anheló Claudia*, una de las niñas tarareando la balada.

Anxo se acercó tímidamente al piano, se sentó en el taburete de terciopelo negro descolorido y comenzó a tocar la balada con una ternura desbordante. Claudia juntó sus manos con pequeños golpes que sonaban como dulces aplausos. Fue una alegría efímera. Entró el profesor, gritó un “Ya está bien” que paralizó a los niños y, entonces, se dirigió a Anxo y le desgarró la ilusión con un “Y tú, niño, si dejas de hacer el imbécil aprenderás algo; si no, te vas a tu casa y no me haces perder más el tiempo”. Las palabras sonaron como una detonación en la cabeza y el alma de Anxo. Su confianza se despedazó. Una enorme inseguridad aplastó la emoción que le había acercado día a día a su teclado. El miedo estaba dentro de él. Habitó en él y se quedó en él. Desde ese día, tocaba a hurtadillas en casa cuando sus padres y sus hermanas lo dejaban a solas con su piano. Apenas un día a la semana teclaba dos minutos ante sus compañeros obligado por las impertinentes exigencias de su profesor.

-Si no estudias y te aprendes el origen y el significado de las piezas, las notas y sus escalas, no merece la pena que sigas. Mira a los otros. Van paso a paso, pero aprenden música y serán músicos. Tú te pasarás la vida haciendo el tonto -le dijo el profesor una tarde después de escuchar el Adagio de Albinoni con una melodía perfecta, pero comprobar que su mejor alumno, el que tenía un don innato y había tocado la pieza en sol menor como si no

faltasen las cuerdas, no había estudiado que la obra fue rehecha en 1945 por el musicólogo Remo Riazotto.

Anxo sudó de miedo con los labios petrificados. Sintió la oscuridad y el trajín de sus nervios. “Quizá no valgo para esto, pero quiero intentarlo. No puedo dejar la música”, se dijo.

En parte por ese despotismo despiadado, en parte porque digirió que ya conocía cada playa, roca, camino y casa de aquella hermosa Costa da Morte, se apoderó de él la necesidad de crecer. Su determinación fue invencible.

—Mamá, papá, me quiero ir a estudiar a Estados Unidos.

Sus padres Lourdes y Ángel se quedaron paralizados.

—¿Qué? ¿Para qué? —dijo Lourdes consternada ante la sola opción de imaginar que el menor de sus tres hijos, su único niño, podía abandonar el hogar familiar.

—Para hablar inglés.

—Ya hablas inglés —respondió su padre. Ángel era un hombre de pocas palabras, pero contundentes. Afable, terco, gallego de jolgorio, música, afectos y amigos, reservado y encerrado en sus talentos.

—Quiero aprender más, como si fuera americano o inglés, y viajar, saber cómo se vive allí, hacer cosas nuevas, tener amigos nuevos.

—¿Para qué quieres todo eso? Ya tienes amigos y haces cosas aquí. No lo entiendo —insistía Lourdes más compungida.

—Ve a Inglaterra —propuso Ángel.

—No. Yo quiero ir a América. Estados Unidos es la primera potencia mundial. Todo es posible allí. Los inmigrantes y los pobres triunfan si son buenos, premian el esfuerzo. Allí vales lo que eres no lo que tienes.

—Eres muy joven, hijo —dijo Lourdes. Estaba afligida.

—Van muchos chicos todos los años y nunca pasa nada. Dejarme ir un año, al siguiente me lo costearé yo todo y no os supondré ningún gasto.

—¡Qué dices, hijo! Si llegaras a ir, siempre será a cargo nuestro, para algo somos tus padres —sentenció Ángel un tanto ofendido. La sola idea de imaginar que su hijo de catorce años pretendía mantenerse por sí mismo sin el soporte de ellos le punzaba el corazón.

Empleó Anxo tres largos meses en convencer a sus padres de que ir a Estados Unidos le permitiría crecer. Marido y mujer debatieron mucho en sus madrugadas de alcoba hasta que, al fin, hubo acuerdo. Fue su regalo de cumpleaños.

—Está bien, irás; pero te hospedarás con una familia. Hablarás con nosotros todas las semanas, nos enviarás fotos y, cualquier mínimo problema o contratiempo, regresarás aquí de inmediato, ¿de acuerdo? —le aclaró Ángel firme como un general cuando dispone al ejército la mañana de aquel caluroso 7 de agosto. Sin duda, el día más feliz en la vida de Anxo hasta ese momento.

—¿Cuándo me voy?

—Cuando empiece el nuevo curso.

—Empieza en septiembre, papá.

—Pues lo miramos ya. Y si no da tiempo, pues te vas el año que viene.

—No, yo encontraré instituto.

Alborotó la casa con la noticia de que en apenas un mes se mudaría a Estados Unidos. Su amplia sonrisa iluminaba el jolgorio y sus tirabuzones azabache saltaban de lado a lado como si se tratara de muelles descontrolados, bailaban al compás de la alegría,

exaltados por la explosión de júbilo. Nadie más en aquella casa de tres plantas compartía su entusiasmo.